

En cuanto a la vida política, las instituciones valencianas quedaron prácticamente paralizadas hasta que a finales de marzo del 1939. Perdida ya la guerra, llegaba a la ciudad el coronel Casado, quien, después de mantener conversaciones con las autoridades locales y la quinta columna, fijaba los términos en que debería producirse la ocupación franquista de la ciudad. El 29 de marzo por la mañana, algunas fachadas del centro de Valencia se engalanaban ya con banderas rojas y amarillas, y grupos de falangistas patrullaban por las calles emitiendo consignas nacionalistas. El día siguiente, el 30, desfilaba ya por la plaza de Emilio Castelar, ante el ayuntamiento, el cuerpo de ejército de Galicia, que comandaba el general Aranda Mata, encabezado por el también general Martín Alonso y la bandera valenciana de FET-JONS. Y pocas horas después la Columna de Orden y Política de Ocupación se hacía cargo de las calles de Valencia, mientras tomaba posesión de la ciudad el nuevo alcalde, Joaquín Manglano, barón de Cárcer y de Llaurí. Lo que ocurrió después, es bien conocido: una paz teñida de prisiones, de campos de concentración y de muerte. La ciudad moderna de los veinte y de los treinta daba paso a otra Valencia, la franquista de posguerra.

LA DICTADURA FRANQUISTA

La implantación del régimen: ocupación y represión

[ISMAEL SAZ -UVEG-]

La Valencia republicana, la Valencia roja y revolucionaria, la que había sido capital de la República durante una fase de la guerra civil, experimentó el fin de ésta de un modo en principio poco traumático. El golpe de Estado del coronel Casado condujo directamente al derrumbe de la resistencia republicana, lo que unido a la determinación franquista de alcanzar una victoria total sin más negociación que la que condujera a la rendición incondicional, selló la suerte de la República y la de los territorios todavía no ocupados. En Valencia, dentro de la misma lógica «casadista», las autoridades republicanas pactaron con los falangistas locales la entrega de la ciudad sin resistencia. Se trataba de evitar un último e inútil derramamiento de sangre; pero también, en la lógica falangista, de asentar una imagen de colaboración de la población local con los vencedores, de modo que no todo se redujese a la pura y simple ocupación militar. En la práctica, ambas dinámicas se superpusieron, de modo que el día 29 de marzo los franquistas locales pudieron celebrar ya en las calles la victoria y el día siguiente eran las tropas de ocupación al mando de general Aranda las que desfilaban por la ciudad.

Para la mayoría de la población, cualesquiera fueran sus sentimientos políticos, el fin de la guerra era, en sí mismo, el fin de una pesadilla. Significaba, o eso se esperaba, el fin de los sufrimientos, de la miseria y de la violencia, la vuelta a una cierta normalidad. No para todos claro, los más comprometidos con la República, o los más clarividentes, tenían poderosas razones para sospechar que la paz que se iba a imponer no era otra cosa que una continuación de la guerra por otros medios. Muchos de ellos huyeron hacia Alicante para quedar atrapados en su puerto y quedar a disposición de las nuevas autoridades.



El 30 de marzo de 1939 desfilaba ya por la plaza de Emilio Castelar, ante el Ayuntamiento, el cuerpo de ejército de Galicia, que comandaba el general Aranda Mata, encabezado por el también general Martín Alonso y la bandera valenciana de FET-JONS. Y pocas horas después la Columna de Orden y Política de Ocupación se hacía cargo de las calles de Valencia, mientras tomaba posesión de la ciudad el nuevo alcalde, Joaquín Manglano, barón de Cárcer y de Llaurí. Lo que ocurrió después, es bien conocido: una paz teñida de prisiones, de campos de concentración y de muerte. La ciudad moderna de los veinte y de los treinta daba paso a otra Valencia, la franquista de posguerra.

La Correspondencia de Valencia, Diario al servicio de España, Valencia, número 23.911, 29 de marzo de 1939.
Col·legi Major Lluís Vives, Universitat de València.

Desfile de la Victoria en Valencia, abril de 1939.



La determinación franquista de llegar a cualquier costa a la victoria total respondía claramente a un proyecto político basado en la destrucción radical y definitiva de todo lo que había sido la España liberal, republicana, socialista, comunista o anarquista, secularizada y cosmopolita, tanto como, por supuesto, la España plural, en sus pueblos y en sus culturas. De todo esto había, y mucho, en Valencia, y el nuevo régimen se aplicó con determinación a la tarea. Hubo, pues, ocupación y política de ocupación, la sombra de la sospecha planeó sobre la mayoría de los valencianos y la represión —entendida como una base inexcusable para la implantación del régimen— se desencadenó en todas sus manifestaciones.

La física en primer término. Inmediatamente después de la caída de la ciudad se constituyó la Columna de Orden y Política de Ocupación. Las cárceles valencianas se abarrotaron y multiplicaron: la Modelo y la de San Miguel de los Reyes, pero también la de Monteolivete, las torres de Quart y el convento de Santa Clara sirvieron a tal fin. De los más de 4.500 ejecutados en el País Valenciano, 354 lo eran de la capital. Pero esto sólo era la parte más cruel y sanguinaria de la represión. Como en el resto de España, la ciudad fue sometida a un gigantesco proceso de

Los informes de la jefatura provincial de FET de las JONS a lo largo de 1941 incidían, una y otra vez, en el rechazo que el régimen encontraba entre la población, aunque fuera para insistir en que sólo el radicalismo falangista podía contribuir a cerrar la brecha.

Carnet de las organizaciones juveniles de la FET y de las JONS.

Los rumores han dejado ya de serlo, pues son voces que se difunden ya con una libertad asombrosa y en plena calle, donde se expresa con entera libertad y sin que exista ningún freno todo cuanto viene en gana [...]

Continúa todo igual, más agudizado si cabe, que meses atrás. El ambiente general de la población es abiertamente hostil; se odia sin disimulo alguno a todo lo que signifique o provenga del nuevo Estado.

Menos interesados en ningún tipo de revolución, algunos conservadores, como el economista Román Perpiñá Grau, atribuían el «extremismo» valenciano a las derivaciones perversas de la modernidad. Sería en Valencia, como en las otras zonas ricas de la periferia española, donde más habría arraigado tanto el «esplendoroso desarrollo material» que acompaña a la civilización, como sus «lacras o elementos destructores».

Para los falangistas, había además una larga tradición política en Valencia que la hacía poco proclive a lo que era un rasgo esencial del nuevo Estado, su centralismo extremo:

El pueblo valenciano ha sentido siempre animadversión por los poderes centrales, pues a pesar de su enorme capacidad de trabajo y ser la Provincia que nivelaba nuestra balanza comercial, se ha visto siempre relegada a último término. De ahí que Valencia siempre se haya manifestado en un campo político de ideas extremas, coincidiendo todas en un apartamiento total del Estado Español, sin ser separatista. Pues aún el mismo partido de la Derecha Regional Valenciana (partido de intereses y conservador), que se formó durante la República, llevaba el sello proverbial en los valencianos de reserva absoluta y resistencia pasiva a todo lo que provenía de Madrid.

Naturalmente, el historiador no puede sino constatar que había una parte de verdad y no poco de exageración en todas estas percepciones. Lo que debemos preguntarnos, en cualquier caso, es acerca del modo en que esta imagen de la hostilidad y castigo pudo determinar las políticas del régimen en el País Valenciano. Tres planos posibles de castigo pueden concebirse desde esta perspectiva: el castigo de lo revolucionario y *rojo*, la represión cultural y la marginación económica.

Del primero de los planos nos hemos ocupado ya. También en parte, del relativo a la represión cultural, toda vez que entre los depurados en la diputación y en el ayuntamiento, en el magisterio o la universidad, se encontraba lo mejor de la cultura valenciana. No puede decirse, sin embargo, que los contenidos específicamente valencianos de aquella cultura fueran objeto de una persecución radical y sistemática.

La represión de la cultura valenciana se proyectó más sobre lo que tenía de democrática, republicana o izquierdista que sobre sus contenidos específicamente valencianos. A diferencia y en neto contraste con lo que sucedía en Cataluña, la lengua de los valencianos no fue objeto de una normativa penalizadora específica. Los *jocs florals*, por ejemplo, prohibidos en Cataluña, pudieron desarrollarse con normalidad en Valencia. Este tratamiento desigual se explica con cierta facilidad: frente a un catalanismo cultural y político fuerte, y por ello peligroso, el régimen se comportaba con la máxima dureza; frente a un valencianismo débil e «inofensivo», el régimen podía mostrar cierta benevolencia y voluntad de integración. Encarcelados o exiliados los restos del valencianismo republicano de izquierdas, sólo quedaba el de derechas y éste se inscribía claramente en las filas de los vencedores.

Pero la mencionada benevolencia era, en todo caso, más aparente que real. Primero porque, por supuesto, la posibilidad de un avance estatutario



como el que se contemplaba en la primavera de 1936 era sencillamente inimaginable. Segundo, porque la lengua de los valencianos, aunque no directamente penalizada, vio su uso férreamente controlado y relegado a las manifestaciones folklóricas, composiciones poéticas y a la vida privada. Finalmente, porque los tímidos intentos de recomposición del valencianismo político de derechas pre-bélico fueron tajantemente reprimidos. En su conjunto, el régimen pudo mostrarse benévolo, y por ello mismo corruptor, respecto de ciertas manifestaciones culturales en valenciano siempre que estas se mantuvieran dentro de los más estrictos límites de la colaboración. Y pudo ser al mismo tiempo tolerante y vigilante ante las manifestaciones de valencianismo que reflejaban una mínima conciencia de identidad y dignidad de la cultura valenciana.

La autarquía

En el terreno económico, los valencianos tuvieron buenos motivos para sentirse especialmente perjudicados. La autarquía tuvo, en efecto, unas consecuencias desastrosas para la economía valenciana. Las tuvo, ciertamente, para el conjunto de la economía española como se han ocupado de subrayar los historiadores que han caracterizado los años cuarenta como «la noche de la industrialización española». Pero si la economía española perdió en su conjunto, la valenciana estuvo sin duda entre las más perjudicadas. No hay ningún misterio en esto. Como es sabido, la política autárquica perseguía una industrialización acelerada basada en la sustitución de importaciones y la mínima dependencia posible del exterior. Privilegió aquellas industrias consideradas de interés nacional: la industria pesada, siderúrgica, metalúrgica y de fines militares; la «Iberia del hierro y el carbón», en suma. El País Valenciano no carecía por completo de una industria de este tipo. Pero globalmente considerada, su economía podía definirse como la antítesis de los objetivos autárquicos: abierta al exterior, con una floreciente agricultura de exportación y una industria orientada en gran parte hacia los bienes de consumo final. Consecuentemente, se vio penalizada en todos y cada uno de los órdenes considerados. Las trabas a la exportación perjudicaron seriamente a la naranja, la cual siguió constituyendo, pese a ello, una de las principales fuentes de financiación de la propia política autárquica; el acceso a los abonos y materias primas necesarias para la agricultura y la industria se vio también obstaculizado, y lo mismo sucedía con lo relativo a las fuentes de energía.

Así pues, la economía valenciana estuvo, con la balear y la catalana, entre las más perjudicadas por la política autárquica. Pero no se trató de ningún tipo de castigo. Fue una penalización, por así decirlo, objetiva. Por una parte, porque otras regiones con más títulos políticos para ello, como la vasca o asturiana, no fueron económicamente castigadas. Por otra, porque aquellas industrias valencianas que respondían al «perfil autárquico» –como la fábrica Segarra de Vall de Uixó– resultaron también beneficiadas. Finalmente, porque en la jungla administrativa y el desarrollo del mercado negro que trajo consigo la política de autarquía, muchos hombres de negocios, industriales y exportadores naranjeros encontraron el modo de enriquecerse.

Había un sentido, sin embargo, en el cual la economía valenciana pudo verse penalizada por defecto. Esto es, no tanto por una voluntad de perjudicar, como por una falta de la voluntad de favorecer de la que pudieron be-



neficiarse otras regiones. En un proceso de desarticulación del mercado como el reseñado y en el marco de una férrea dictadura, la mayor o menor cercanía a los centros de decisión política podía resultar determinante. Era precisamente en este aspecto en el que la sociedad valenciana no estaba especialmente bien situada. Por una parte, sus fuerzas políticas hegemónicas durante la República, incluidas aquellas que se contaban entre los vencedores, como la DRV, no eran las que mejor conectaban con las de un régimen en el que falangistas, monárquicos alfonsinos o tradicionalistas estaban mucho mejor situados. De hecho, el País Valenciano estaba entre las regiones españolas peor representadas en las elites falangistas, militares y católicas de la administración central del Estado.

La administración franquista

La implantación del régimen en Valencia no estuvo exenta de serias rivalidades y conflictos entre los vencedores. Todos ellos habían actuado en un mismo sentido, el de la destrucción de la democracia republicana, pero en el terreno de sus objetivos a largo plazo había importantes desavenencias, como las hubo en lo relativo al reparto del poder.

Las actitudes ante la represión contribuyen a precisar el alcance de algunas de las mencionadas diferencias. Es verdad que muchos eran los partidarios de un castigo ejemplar para lo que juzgaban como desmanes republicanos. Pero algunos sectores franquistas empezaron a considerar muy pronto que tal vez se estaba yendo demasiado lejos en la represión, o que ésta debería discurrir por cauces estrictamente judiciales. No era ésta, desde luego, la actitud de buen número de falangistas, algunas de cuyas «sacas» en Valencia se hicieron tristemente famosas en 1940. Lo suficiente como para que a partir de ellas se llegara a crear un problema de dimensiones nacionales. En efecto, el general Aranda, a la sazón capitán general de Valencia, llegó a ordenar la detención de unas decenas de falangistas, protagonistas de algunas de dichas ejecuciones ilegales, y lanzó a partir de ahí una de sus primeras ofensivas contra Serrano Suñer en el marco político nacional.

Las trabas a la exportación perjudicaron seriamente a la naranja, la cual siguió constituyendo, pese a ello, una de las principales fuentes de financiación de la propia política autárquica; el acceso a los abonos y materias primas necesarias para la agricultura y la industria se vio también obstaculizado, y lo mismo sucedía con lo relativo a las fuentes de energía.

El general Aranda, que llegó a definirse a sí mismo como una especie de ‘virrey’ de Valencia, contaba con apoyos entre los sectores más tradicionales, conservadores y reaccionarios de la sociedad valenciana. Pero ni Aranda permaneció mucho tiempo en Valencia ni era el único virrey. Su contrafigura, el gobernador civil Planas de Tovar, se ganó una merecida fama de brutalidad incluso entre los medios falangistas. Es en este punto, sin embargo, donde cobra todo su significado el problema de la articulación de las fuerzas políticas locales y la conciencia de algunas de las fuerzas políticas del régimen de moverse en territorio hostil. En ninguna de las tres provincias valencianas Falange había conseguido una sólida implantación en la época republicana. Aparte de esto, la evolución fue diversa. La temprana ocupación de Castellón en 1938 se dio en un momento en que la autoridad militar, más próxima siempre a las fuerzas conservadoras tradicionales, pudo hacer frente con éxito a las pretensiones falangistas. En Valencia, la Falange y su máximo representante en ella, Rincón de Arellano no tuvieron más remedio que contar –tras las primeras escaramuzas– con unas fuerzas como las que tenían su origen en la DRV, no precisamente proclives al revolucionarismo falangista.

La historiografía valenciana ha subrayado acertadamente el gran peso de los títulos nobiliarios y hombres de la antigua Derecha Regional Valenciana en el ayuntamiento y diputación de Valencia. Por supuesto, ello era explicable en términos de restauración social del poder de la vieja clase dominante. Pero también expresaba el mayor peso que la derecha tradicional tenía entre los apoyos del régimen en Valencia. Ninguno de los tres consejeros de origen valenciano en el consejo nacional del partido único constituido en 1939 era falangista. Ya en julio de 1943, dos valencianos de las recién nombradas cortes firmaron la carta en la que veintisiete procuradores pedían la restauración de la monarquía.

Por estas fechas, algunas de las tensiones inherentes a las instituciones del régimen encontraron una vía de sistematización merced a la unificación de los cargos de gobernador civil y jefe provincial del Movimiento, circunstancia que encontró un cierto reflejo en ayuntamientos y diputaciones. Esta unificación –que se adelantó en dos años en Alicante para traducirse en un reforzamiento de la presencia de los empresarios en la vida política– dio paso a un retroceso de la presencia de los hombres de la DRV, en beneficio de personajes de larga tradición reaccionaria. Mientras tanto, el anterior jefe provincial del partido, Adolfo Rincón de Arellano, pasaba a ocupar la presidencia de la diputación.

A pesar de esta relativa clarificación, las tensiones, o mejor, diversidad de puntos de vista entre algunos sectores de los vencedores permanecieron. En este sentido, la evolución de la guerra mundial resultó un catalizador esencial. Si algo destaca en este contexto en el país es la coincidencia de las diversas fuentes en señalar un fuerte sentimiento aliadófilo entre la inmensa mayoría de la opinión conservadora y franquista, con la excepción, claro es, de los falangistas. Estos sentimientos no implicaban, sin embargo, ni mucho menos, algún tipo de resistencia u oposición significativa a Franco. Podían ser aliadófilos, pero con Franco; apostar seguidamente por la solución monárquica, pero con Franco; renunciar a esa misma solución si el precio a pagar era Franco. Dicho de otro modo, Franco había sido el gran valor de la victoria contra la revolución y seguía siendo la más sólida garantía de estabilidad. Por lo demás, el realineamiento de la política exterior del régimen, el reconocimiento del carácter monárquico –pero sin rey– del

Estado español, y las mínimas concesiones en la línea de la desfascistización, pudieron ser juzgadas como suficientes por amplios sectores de la opinión conservadora.

Permanecía ciertamente, como foco de tensión, la política autárquica del régimen, cada vez más cuestionada en los medios económicos valencianos. Uno de los hombres de negocios más ricos del país, José Antonio Noguera, no se cansaba de airear el agravio comparativo que suponía lo mucho que la economía valenciana aportaba a la nacional y lo poco que recibía de ella. Los empresarios agrupados en el Sindicato de la Piel llegaron a adoptar posiciones de relativa firmeza frente a la intervención y las críticas a los ministros económicos del régimen estaban bastante generalizadas. En el I Congreso Económico-Sindical de la Industria Valenciana, celebrado en 1951, se lanzó una auténtica andanada contra el dirigismo económico gubernamental.

La vida cotidiana

El hambre y la miseria, cuando no la enfermedad, constituyeron la otra cara de la moneda para una sociedad atemorizada por el alcance de la represión. Fuentes oficiales y privadas confirman el empobrecimiento generalizado de los trabajadores valencianos. El Instituto Valenciano de Economía y el arzobispado de Valencia, coincidían en reflejar una caída de los salarios reales que bien podría fijarse en la mitad respecto de la situación prebélica. Por supuesto, los grandes perdedores de la política autárquica fueron las clases populares. Golpeadas por un mercado negro que llegó a comercializar hasta el 50% de un producto tan esencial como el trigo, y con unos precios que por término medio triplicaban los oficiales, estos sectores no tenían con frecuencia otra salida que recurrir a su vez al pequeño estraperlo, por supuesto, infinitamente menor en entidad que el que permitió amasar grandes fortunas, pero frecuentemente más penalizado que éste.

No se trataba, como se ha pretendido, de una política deliberada de empobrecer, para debilitarlas, a las clases populares. Simplemente, se había adoptado una política económica que tendía a cebarse necesariamente sobre los sectores más desprotegidos de la sociedad. Y se habían adoptado unas estructuras políticas que privaban a los trabajadores de sus instrumentos tradicionales de defensa. La Organización Sindical Española –los sindicatos verticales–, en su acepción pseudo-revolucionaria falangista, podían haber desempeñado, tal vez, una función de contrapeso como la que desempeñaron en Italia y Alemania las organizaciones similares. Pero el pronto bloqueo y abandono de esa línea falangista dejó a los trabajadores aún más indefensos si cabe. No faltaron, con todo, iniciativas y actitudes que tendieron a compensar de algún modo a los trabajadores por tal cúmulo de pérdidas. Así, se privilegió el empleo aún a costa de la productividad. Algunos servicios sindicales desarrollaron líneas de asistencia que venían a cubrir las debilidades del Estado en la materia, mientras que el paternalismo de algunos industriales fue alentado por el régimen que plasmó su reconocimiento con las denominaciones de «empresa modelo».

Algunas de estas iniciativas, especialmente las protagonizadas por el ministro de trabajo, el falangista Girón, quien con medidas populistas y ofertas de colaboración a antiguos dirigentes sindicalistas, intentó ganar la simpatía de los trabajadores, tuvieron cierto reconocimiento entre algunos sectores obreros –los portuarios especialmente. Pero fue un expediente li-

mitado, de modo que la actitud mayoritaria de los trabajadores habría que reconocerla seguramente en una línea de desafección y, a la vez, resignación. La mayoría adoptó en este contexto estrategias de supervivencia que pasaban, en unos casos, por el servilismo y, en otros, por pequeños actos de protesta individual. No faltaron tampoco demostraciones de insubordinación u hostilidad. Pero no hubo, en cualquier caso, ningún movimiento huelguístico comparable, ni siquiera remotamente, a los que experimentaron ya en la segunda mitad de los años cuarenta Cataluña o el País Vasco.

El otro plano posible de la resistencia obrera, el abiertamente político, estaba absolutamente cerrado. Más allá de la represión inicial que penalizaba actitudes anteriores al fin de la guerra, se produjo otra que diezmó, aisló y terminó neutralizando todo intento de recomposición de las fuerzas políticas y sindicales vencidas. La historia del PSOE y UGT, pero especialmente de la CNT y el PCE de estos años es la de una sucesión constante de intentos de reorganización y redadas policiales. La guerrilla, que fue relativamente fuerte en algunas zonas del país, aunque no así en la ciudad, fue también eficazmente aislada y reprimida, hasta el punto de que cuando el PCE ordenó su retirada, en 1952, hacía ya tiempo que se había materializado su fracaso.

La década bisagra

Así han calificado los historiadores de la economía a la década de los cincuenta por lo que ésta tuvo de intermedio entre los desastres de la autarquía y el gran crecimiento económico de los años sesenta. Una calificación que bien puede extenderse a todos los planos, el de la sociedad, la cultura y la política. En efecto, a inicios de los años cincuenta, la situación empezó a mejorar tanto para el régimen como para los ciudadanos. Para el primero, con su parcial reintegración a la comunidad internacional respaldada por los pactos con Estados Unidos y el concordato con el Vaticano, la relativa neutralización de la oposición monárquica y el aplastamiento de todas las demás, así como primera reactivación económica que siguió al levantamiento de algunos, que no todos, de los controles intervencionistas. Para los ciudadanos porque se acababa el racionamiento, los salarios recuperaban una parte del terreno perdido, y la pobreza, aunque persistente, perdía sus más negras connotaciones de hambre y miseria.

También las instituciones de ámbito local o provincial comenzaron a funcionar con un nuevo dinamismo. Las primeras elecciones municipales de carácter corporativo celebradas en 1948, confirmaban –más allá de la manipulación manifiesta– el surgimiento de una nueva clase política intermedia franquista que no era ya sólo, ni fundamentalmente, la de los primeros falangistas o los viejos derechistas. Los ayuntamientos asumían algunos proyectos de mejora y las diputaciones recibían una financiación que, cuanto menos, les permitían acometer avances relativos en el terreno de las infraestructuras. El mundo de los negocios veía respetada su esfera de competencia en las cámaras de comercio o las instituciones feriales. Muchos empresarios accedían a puestos de responsabilidad política. La eliminación de algunos de los más férreos e injustificables controles autárquicos sintonizaba plenamente con lo que el mundo de los negocios valenciano había estado auspiciando con fuerza creciente desde 1945 al menos.

La sociedad recuperaba tímida y paulatinamente su pulso y el régimen podía hacer gala de una capacidad de integración superior a la de cualquier

El gran acontecimiento urbano de los años cincuenta: la dramática riada de octubre de 1957. El desbordamiento del río Turia dio lugar a una situación catastrófica: 52 muertos sólo en la ciudad de Valencia y miles de damnificados. Pero la riada tuvo otros efectos, a corto y largo plazo. En el corto plazo, la exasperante lentitud del gobierno central en hacer efectivas las ayudas prometidas propició el surgimiento de fuertes críticas por parte de personalidades locales. Fue el caso del director de *Las Provincias*, Martín Domínguez, al hilo de un discurso pronunciado durante las fallas del año siguiente; y también del alcalde de Valencia, Tomás Trenor, que hizo público en un pleno municipal su profundo descontento con el gobierno. En breve ambos pagarían con su destitución su atrevimiento. Pero, entre tanto, la vieja imagen de la Valencia postergada retomaba su fuerza en el imaginario colectivo.

La riada de octubre de 1957 dañó el edificio de la universidad y, de modo particular, los depósitos bibliográficos. Foto: J.C. Sigüenza. Archivo Histórico de la Universitat de València.

(Página siguiente)
Calle de las Barcas, riada de 1957.
Foto: Francisco Pérez Aparisi.



otro momento. Destacados hombres de negocios, como el ex-republicano Iborra, proclamaban su más entusiasta adhesión al Caudillo, al tiempo que Falange realizaba el acto simbólico de devolver los locales del Ateneo Mercantil de Valencia a sus legítimos propietarios, que es tanto como decir a unas clases medias urbanas de tradición en cierto modo liberal. La ocupación de la sociedad por la Iglesia que supuso en toda España la nueva legitimación nacional-católica adoptada por el régimen desde 1945, encontró en Valencia una proyección máxima de la mano del populista arzobispo navarro Marcelino Olaechea. La revitalización de la sociedad encontró su justo reflejo en unas Fallas en las que se ponían las bases de lo que iba a ser su espectacular crecimiento de los años sesenta.

El régimen se sentía lo suficientemente fuerte como para permitir que algunos de los sectores que no le eran abiertamente hostiles encontraran sus cauces de expresión. En Valencia, por ejemplo, personajes de talante liberal, bien que conservador, ocuparían la dirección del Ateneo Mercantil. En el diario *Las Provincias* y aún en la Prensa del Movimiento –diarios *Levante* y *Jornada*– se harían frecuentes las colaboraciones de escritores y periodistas abiertos al valencianismo merced a la protección de personalidades próximas a esta última sensibilidad. Importantes sociedades cívico-culturales como Lo Rat Penat relajaban los lazos que las identificaban con el régimen y entraban en dinámicas de clara recuperación de la lengua y cultura valencianas. Algunas instituciones culturales de las diputaciones, como el Institut Alfons el Magnànim, en Valencia, adoptaban pautas de actuación en una dirección similar. Numerosas iniciativas culturales eran acometidas, con mayor o peor fortuna, por distintas personalidades relacionadas con el mundo católico y valencianista.

Ayuntamientos y diputaciones vieron mejorada su situación financiera. En 1946 se aprobó un Plan General de Ordenación Urbana de Valencia, algo que denotaba, en sí mismo, una clara voluntad de hacer frente a las necesidades de planificación de la capital de reino. Aunque muy ambicioso en cuanto a las perspectivas de crecimiento de la urbe –preveía una población de 1.250.000 habitantes para 1990 cuando la ciudad apenas si sobrepasaba por entonces un tercio de dicha cifra– y con una clara propensión hacia unos niveles excesivos de densidad urbana, constituyó cuanto menos un intento de proyectar la ciudad hacia el futuro.

Todo esto palidecía, sin embargo, ante lo que fue el gran acontecimiento urbano de los años cincuenta: la dramática riada de octubre de 1957. El desbordamiento del río Turia dio lugar a una situación catastrófica: 52 muertos sólo en la ciudad de Valencia y miles de damnificados. Pero la riada tuvo otros efectos, a corto y largo plazo. En el corto plazo, la exasperante lentitud del gobierno central en hacer efectivas las ayudas prometidas propició el surgimiento de fuertes críticas por parte de personalidades locales. Fue el caso del director de *Las Provincias*, Martín Domínguez, al hilo de un discurso pronunciado durante las fallas del año siguiente; y también del alcalde de Valencia, Tomás Trenor, que hizo público en un pleno municipal su profundo descontento con el gobierno. En breve ambos pagarían con su destitución su atrevimiento. Pero, entre tanto, la vieja imagen de la Valencia postergada retomaba su fuerza en el imaginario colectivo.

Más a largo plazo, la riada de 1957 activó el proyecto que sería conocido como *Plan Sur*: la construcción de un nuevo cauce para el río Turia en previsión de futuras avenidas. Un proyecto estratégico y de largo alcance que sería financiado por el Estado, el ayuntamiento y los propios valencianos





mediante un sello de correos creado al efecto. De gran trascendencia para el futuro de la ciudad, no fueron muchos los que se apercibieron entonces que todo esto abría una expectativa inquietante para los valencianos: la conversión del viejo cauce en una gigantesca autopista. Un problema llamado a tener una importancia decisiva en los últimos años del régimen y durante la transición. Por el momento, esto no hacía sino formar parte de las perspectivas de un «desarrollismo» que marcaría a la sociedad española, y a la valenciana, durante los años sesenta.

Aunque el populismo del arzobispo de Valencia no fuese en modo alguno anti-franquista, sí marcó en algún momento sus distancias respecto al régimen, y en torno a él se forjaron los gérmenes de una nueva elite económica más abierta y tolerante, así como unos cuadros obreros que confluían unos años más tarde en el movimiento obrero. Aunque tampoco hubo que esperar a la década siguiente para encontrar los primeros síntomas de recuperación del mismo: las importantes huelgas de La Papelera Española en la Malvarrosa, en la segunda mitad de los cincuenta, denotaban que los trabajadores empezaban a liberarse de una parte al menos del lastre paralizante que había dejado el terror inicial. Claro que también se pondría de manifiesto, en una fortísima redada contra los comunistas, que el régimen estaba lejos de abandonar sus esencias.

El calendario festivo impuesto por el franquismo supuso una auténtica invención –e imposición– de una tradición católico-festiva. Es ese marco, y en lo que a la más importante de las fiestas locales se refiere, las Fallas, el régimen controló, jerarquizó e instrumentalizó en beneficio propio una organización y un mundo festivo cuya vitalidad asociativa era incuestionable. Un mundo que se veía cada vez más a sí mismo como guardián de la identidad valenciana, en lo que se ha llamado «valencianismo temperamental». Y ello con mayor fuerza si cabe, ahora que se había convertido en el único cauce de articulación del populismo valencianista. Pero ese mismo mundo estaba dispuesto a dejarse instrumentalizar, a cambio, por así decirlo, de verse reconocido ese papel y favorecida su dinámica expansiva y, a su modo, totalizadora. Todo lo cual daba a la fiesta popular valenciana por excelencia un gran potencial de movilización y articulación social activable en diversas direcciones. Como otras instituciones o tradiciones populares po-

Riada de 1957.
Foto: Francisco Pérez Aparisi.



día seguir siendo instrumentalizado por el régimen o volverse contra él. A lo largo de los años cincuenta, las fallas participaron a su modo en el renacimiento del valencianismo, sin que se cuestionase en su seno la unidad lingüística del valenciano y el catalán.

El gran salto económico

La década de los años cuarenta situó, como vimos, a la economía valenciana entre los perdedores de la autarquía. Pero esto no supuso la completa anulación del potencial de crecimiento de la industria valenciana ni de su orientación exportadora. Bastó, en efecto, la relativa liberalización de principios de los cincuenta para que la economía valenciana volviese a situarse entre las de mayor crecimiento del conjunto español, sólo superada ahora por Madrid. Dado que esta tendencia se mantuvo y aun aceleró en la década siguiente, no sería excesivo afirmar que la región que se había colocado a la cabeza de los perdedores en la década de los cuarenta iba a estar en las siguientes entre los ganadores de los ganadores.

En efecto, todos los datos apuntan, a un ritmo de crecimiento de la economía valenciana en el periodo comprendido entre 1960 y 1975 netamente superior al español en su conjunto. Así, por ejemplo, entre 1955 y 1975 la población ocupada en la agricultura descendió en 32 puntos —del 48'5% de la población activa al 16'8%— frente a los 25 puntos en que lo hizo la española. En la industria, la población ocupada crecía casi trece puntos, el doble de la española. Durante el periodo contemplado, la participación valenciana en el PIB español pasó del 8'2% al 9'5%. Entre 1960 y 1969 la industria creció en el País Valenciano a un ritmo superior incluso a la de Cataluña o la del País Vasco. Otros datos revelan, con más claridad aún, tanto la magnitud del proceso como uno de los factores decisivos del mismo. Así, mientras en 1963-1965 los productos agrarios representaban el 70% de las exportaciones valencianas, en 1976 ese mismo porcentaje correspondía a los manufacturados. Tal inversión no impidió que las exportaciones agrarias valencianas se mantuvieran siempre por encima del 40% —el 46% en 1976— del total de las españolas. Pero sí supuso un crecimiento espectacular del

La riada de 1957 activó el proyecto que sería conocido como *Plan Sur*: la construcción de un nuevo cauce para el río Turia en previsión de futuras avenidas. Un proyecto estratégico y de largo alcance que sería financiado por el Estado, el ayuntamiento y los propios valencianos mediante un sello de correos creado al efecto. De gran trascendencia para el futuro de la ciudad, no fueron muchos los que se apercibieron entonces que todo esto abría una expectativa inquietante para los valencianos: la conversión del viejo cauce en una gigantesca autopista. Un problema llamado a tener una importancia decisiva en los últimos años del régimen y durante la transición. Por el momento, esto no hacía sino formar parte de las perspectivas de un «desarrollismo» que marcaría a la sociedad española, y a la valenciana, durante los años sesenta.

Plan Sur. Levante-EMV.



porcentaje de las exportaciones industriales valencianas que llegaba al 13'3% en 1976 sobre el global de las españolas. Una de las claves de todo esto es clara: la economía valenciana, con un porcentaje de exportación sobre producción del 24'28%, era la más abierta de España después de la otra gran perdedora de la autarquía, la de las islas Baleares.

Pero el proceso tuvo también sus sombras. Así, durante el periodo señalado, la renta *per capita* valenciana creció más lentamente que la española hasta equipararse con la media de ésta en 1975. Entre 1960 y 1973, la tasa de crecimiento de la economía valenciana fue la misma que la española, del 7% anual, cifra en la que se compensa la pérdida relativa de la agricultura con las sensibles ganancias de la industria, construcción y servicios. También en este caso algunos datos ayudan a explicar la aparente paradoja. Por una parte, la llegada de más de 400.000 inmigrantes explica parcialmente la relativa lentitud en el crecimiento de la renta *per capita*. Por otra, la existencia de una agricultura hortofrutícola y comercial, ya altamente modernizada, contrastaba con la crisis de la agricultura tradicional. Finalmente, la productividad de la industria valenciana experimentó entre 1955 y 1975 un incremento del 83'4%, inferior al 106'9% que se dio en el conjunto de España.

Son las propias características de fondo, los elementos de continuidad de la economía valenciana, los que explican tanto los aspectos positivos como los negativos. Ya hemos aludido al carácter fundamentalmente abierto de la economía valenciana, así como su orientación dominante hacia los bienes de consumo final. Añadamos a ello que los grandes protagonistas fueron los mismos –agricultura comercial e industrias del mueble, vidrio y cerámica, calzado, textil, juguete, química y metalurgia– a los que habría que añadir el turismo y la construcción. Tampoco variaron sensiblemente algunos de los factores esenciales: una cultura empresarial fuertemente radicada, una mano de obra de base artesanal, barata y abundante, algunas prácticas específicas como la de la agricultura a tiempo parcial, un relativo minifundismo empresarial sólo parcialmente corregido, una escasa vertebración de la industria ligera con la gran industria siderúrgica –Altos Hornos de Vizcaya– y metalúrgica –Unión Naval de Levante, MACOSA...–, problemas de financiación y una renovación tecnológica importante pero limitada.

La coincidencia, ya en los años setenta, de la crisis económica mundial con la recuperación de las rentas salariales serviría para poner de manifiesto muchas de estas limitaciones. Algunos problemas venían de lejos, de las distorsiones producidas por la autarquía, otros estaban radicados en el propio modelo. La dura reconversión industrial que hubo de acometerse, ya en los años ochenta, debe ser entendida, también, desde esta perspectiva.

Son factores esenciales en ese momento una cultura empresarial fuertemente radicada, una mano de obra de base artesanal, barata y abundante, algunas prácticas específicas como la de la agricultura a tiempo parcial, un relativo minifundismo empresarial sólo parcialmente corregido, una escasa vertebración de la industria ligera con la gran industria siderúrgica –Altos Hornos de Vizcaya– y metalúrgica –Unión Naval de Levante, MACOSA...–, problemas de financiación y una renovación tecnológica importante pero limitada.

Luces y sombras de la Valencia del desarrollismo

El gran salto económico supuso también un extraordinario cambio social que se manifestó, entre otras cosas, en una espectacular transformación de las ciudades. La capital del reino, en efecto, vio caer verticalmente el porcentaje de su población ocupada en la agricultura (hasta un 2'5% en 1970), mientras crecía la dedicada a la industria y los servicios (hasta un 32'5% y un 57'5% en la última fecha citada). Dado que el crecimiento de la actividad industrial encontró un tope con la generalización de los polígonos industriales situados fuera de la ciudad, la terciarización de la ciudad la con-

Interior de los talleres de MACOSA.

El proyecto de urbanización de la Dehesa del Saler, acometido por el ayuntamiento en 1966, intentaba una transformación de dicho espacio en una zona turística al alcance de los valencianos con hoteles, grandes bloques de apartamentos y espacios recreativos. Todo lo cual constituía una amenaza decisiva para la propia dehesa. Las críticas, cada vez más numerosas desde prácticamente todos los frentes y una movilización ciudadana bien sintetizada en el eslogan *el Saler per al poble* conseguirían finalmente la paralización del proyecto; aunque buena parte del daño ya estaba hecho y se requerirían décadas para paliar sus efectos.

Apartamento en la Dehesa del Saler, c. 1970. Foto: Paco Tortosa.

firmó como el gran núcleo proveedor de servicios. Todo ello en el marco de un extraordinario crecimiento de la población, tanto en la ciudad estricta como en el área metropolitana. La primera alcanzaría los 505.000 habitantes en 1960, para llegar a los 654.000 en 1970 y los 745.000 un lustro más tarde. Responsable en gran parte de este aumento de la población lo fue el fenómeno migratorio. Hasta el punto de que a la altura de 1975 poco más de la mitad de la población de la ciudad era inmigrante.

Todo ello habría de tener un impacto decisivo sobre el tejido urbano. La huerta valenciana, una de las más felices especificidades de Valencia, fue una de las grandes damnificadas. Muchos barrios de la periferia crecieron espectacularmente a costa de aquella. En su lugar, aparecieron grandes bloques de viviendas, con frecuencia de mala calidad, sin que el esfuerzo constructor fuera acompañado de la necesaria provisión de infraestructuras y servicios. Aceras, pavimentación, alumbrado, etc., seguían muchas veces con notable retraso a las construcciones que debían albergar a los nuevos valencianos. El crecimiento especulativo no se detuvo en las nuevas y masivas barriadas sino que se proyectó también sobre el centro mismo de la ciudad. No era un fenómeno específicamente valenciano y de hecho se ha podido hablar de los «terribles 60's» en referencia a las transformaciones urbanas en buena parte de Europa. Pero en cualquier caso la «piqueta» actuó, podría decirse que a placer, sobre el centro de la ciudad. Muchas de las calles y principales arterias del núcleo central vieron alterado radicalmente se perfil y no precisamente para mejorarlo. En algunas de ellas, como la calle Colón, el cambio fue radical, en otras como la gran vía Marqués del Turia aún se puede observar hoy el profundo contraste entre los nuevos edificios de la época y los que, afortunadamente, se salvaron.





La lógica del «desarrollismo» impulsada desde el ayuntamiento por el falangista Rincón de Arellano o desde la diputación por el más próximo al Opus Dei, Bernardo Lasala, propiciaba desafueros como los mencionados, pero permitía, también, acometer grandes proyectos destinados a cambiar la fisonomía de la ciudad. El más emblemático fue el del Plan Sur, con la creación de un nuevo cauce para el río Turia que sería finalmente inaugurado en 1969. Era una obra gigantesca que abría grandes expectativas de mejora para la ciudad. Más allá de su objetivo básico de impedir nuevas riadas, facilitaría la resolución de problemas relativos al sistema de colectores urbanos, la expansión del puerto o el principio de la liberación de Valencia del cerco ferroviario. Pero la otra cara del proyecto, la construcción de una gran autopista en el viejo cauce, que reflejaba bien la perspectiva desarrollista se configuraría como uno de los más emblemáticos conflictos del tardofranquismo y la transición. En la misma lógica, el proyecto de urbanización de la Dehesa del Saler, acometido por el ayuntamiento en 1966, intentaba una transformación de dicho espacio en una zona turística al alcance de los valencianos con hoteles, grandes bloques de apartamentos y espacios recreativos. Todo lo cual constituía una amenaza decisiva para la propia dehesa. Las críticas, cada vez más numerosas desde prácticamente todos los frentes y una movilización ciudadana bien sintetizada en el eslogan *el Saler per al poble* conseguirían finalmente la paralización del proyecto; aunque buena parte del daño ya estaba hecho y se requerirían décadas para paliar sus efectos.

Movilización social y cambio cultural

Las importantes movilizaciones contra la autopista del Turia –*El llit del Túria és nostre i el volem verd*– y la urbanización de la Dehesa del Saler, constituían un síntoma inequívoco del renacimiento de la sociedad civil. Como lo constituía la configuración de un movimiento vecinal que, a partir de las asociaciones de vecinos –o asociaciones de cabezas de familia– luchaba por dotar a los barrios de las profundas carencias de muchos de ellos en infraestructuras y servicios. Un papel importante en este renacimiento de la sociedad civil lo había desempeñado un nuevo movimiento obrero que experimentó diversas huelgas a principios de los años 60 y que cristalizaría en nuevos movimientos sindicales como Comisiones Obreras, especialmente, y la Unión Sindical Obrera. Comunistas y católicos desempeñaron en ambas una actividad fundamental. Con todo, las primeras surgieron muy tarde en Valencia –en diciembre de 1966– y no tardaron en sufrir los efectos de una represión de la que empezarían a recuperarse ya entrados los años 70. Por entonces, el nuevo movimiento obrero entraría en un proceso, ya ininterrumpido, de crecimiento y movilización, con importantes huelgas a partir de 1973, una importante victoria de las candidaturas democráticas en las elecciones sindicales de 1975 y la movilización de decenas de miles de trabajadores en los primeros meses de 1976.

No menos importante fue el papel de la universidad, la cual conoció desde principios de los años cincuenta un importante proceso de crecimiento. No tardaron en aparecer las primeras muestras de inconformismo con una destacada participación de jóvenes católicos que evolucionarían rápidamente hacia el socialismo y el valencianismo. Hegemónico en el movimiento universitario durante un tiempo, este sector cedió pronto terreno

La lógica del «desarrollismo» impulsada desde el ayuntamiento por el falangista Rincón de Arellano o desde la diputación por el más próximo al Opus Dei, Bernardo Lasala, propiciaba desafueros como los mencionados, pero permitía, también, acometer grandes proyectos destinados a cambiar la fisonomía de la ciudad. El más emblemático fue el del Plan Sur, con la creación de un nuevo cauce para el río Turia que sería finalmente inaugurado en 1969.

Emisión de sellos de recargo obligatorio a beneficio del Plan Sur del 15 de enero de 1963.

frente al Partido Comunista, pero su contribución en los terrenos de la renovación cultural y el nuevo nacionalismo sería fundamental. Aunque la universidad de Valencia estuvo muy presente en los intentos de organización de un movimiento universitario en el ámbito español en la segunda mitad de los años sesenta, su renovada capacidad de movilización y politización ya en los años postreros de la dictadura no se traduciría en la articulación de un movimiento unitario y coherente. A ello contribuyó sin duda la caída de la organización del PCE en la universidad, en 1971, y el recurso de las autoridades académicas a expedientes masivos.

Lo que se ha denominado el *redreç* cultural constituye una de las más destacadas facetas de estos procesos. La sociedad Lo Rat Penat se escoró hacia el valencianismo como no lo haría en ningún otro momento; algunos de los jóvenes de la misma crearon un Front Marxista Valencià; se iniciaron unos *aplecs* valencianistas a los que no faltó la colaboración del destacado financiero Joaquín Reig; en Castellón tomaron fuerza iniciativas culturales semejantes; en la universidad de Valencia se constituía el Aula Ausiàs March, y, en fin, las experiencias culturales y editoriales se multiplicaron. Es en el contexto de esta auténtica eclosión cultural y valencianista en el que hay que encuadrar la aparición de la obra de Joan Fuster, *Nosaltres, els*

Un papel importante en este renacimiento de la sociedad civil lo había desempeñado un nuevo movimiento obrero que experimentó diversas huelgas a principios de los años 60 y que cristalizaría en nuevos movimientos sindicales como Comisiones Obreras, especialmente, y la Unión Sindical Obrera. Comunistas y católicos desempeñaron en ambas una actividad fundamental. Con todo, las primeras surgieron muy tarde en Valencia –en diciembre de 1966– y no tardaron en sufrir los efectos de una represión de la que empezarían a recuperarse ya entrados los años 70. Por entonces, el nuevo movimiento obrero entraría en un proceso, ya ininterrumpido, de crecimiento y movilización, con importantes huelgas a partir de 1973, una importante victoria de las candidaturas democráticas en las elecciones sindicales de 1975 y la movilización de decenas de miles de trabajadores en los primeros meses de 1976.

Procesados en noviembre de 1968 excarcelados. Fotografía cedida por Rosalía Sender.

Mujeres procesadas por la caída de CC.OO., en la cárcel modelo de Valencia, diciembre de 1968. Fotografía cedida por Rosalía Sender.





Es en un contexto de auténtica eclosión cultural y valencianista en el que hay que encuadrar la aparición de la obra de Joan Fuster, *Nosaltres, els valencians*, que marcaría nítidamente un antes y un después en la historia del valencianismo cultural y político; y, en cierto modo también, de la sociedad valenciana en su conjunto. El libro planteaba sin ambages el problema de la identidad valenciana y lo resolvía de una manera no menos rotunda con la afirmación de la identidad nacional catalana de lo valenciano. El origen histórico catalán de los valencianos y la unidad lingüística constituían los fundamentos básicos de aquella aseveración.

Joan Fuster en su casa de Sueca, 1966. Arxiu Fuster.

valencians, que marcaría nítidamente un antes y un después en la historia del valencianismo cultural y político; y, en cierto modo también, de la sociedad valenciana en su conjunto. El libro planteaba sin ambages el problema de la identidad valenciana y lo resolvía de una manera no menos rotunda con la afirmación de la identidad nacional catalana de lo valenciano. El origen histórico catalán de los valencianos y la unidad lingüística constituían los fundamentos básicos de aquella aseveración.

Innovadoras y coherentes, tanto como radicales, estas formulaciones, compartidas en mayor o menos grado por el conjunto del nuevo valencianismo, supusieron, en lo positivo y en lo negativo, una convulsión decisiva de la sociedad valenciana. Por una parte, quedó planteado el problema de la identidad nacional con una fuerza y rotundidad que no tenía precedentes en la Valencia contemporánea. Merced a su capacidad de penetración en las comarcas, el nuevo valencianismo consiguió desbordar el estrecho marco capitalino y provincialista que había ahogado siempre al valencianismo. Por su propia naturaleza inicialmente cultural, conectó, proyectó y reforzó la entidad del renacimiento cultural en marcha. Por su carácter moderno y democrático consiguió trascender los estrechos límites de las élites culturales en que todavía se desenvolvía dicho valencianismo. Por su capacidad para conectar con el inconformismo político y social pudo concretarse en dos formaciones políticas, de tipo democristiano –UDPC– la una, y socialista –PSV–, la otra, de gran importancia en la lucha por la democracia en el país. Por su pronta ubicación anti-franquista contribuyó a enraizar la problemática del valencianismo en unas organizaciones obreras y de izquierda que hasta el momento no habían demostrado una especial sensibilidad al respecto.

No se puede obviar, sin embargo, que las tesis fusterianas contenían también elementos potenciales de fractura en tres líneas fundamentales. En primer lugar, respecto de un sector del propio valencianismo que no era –o no lo era todavía– anticatalanista, pero que no podía compartir una tesis de la catalanidad tan rotunda como la planteada por Fuster. En segundo lugar, respecto del valencianismo histórico prebélico, al que se imputaba un fracaso que se hacía proyectar sobre el conjunto de la sociedad valenciana contemporánea, su economía y su burguesía, sus tradiciones políticas y manifestaciones culturales. En tercer lugar, y como concreción de los anteriores, se establecía una posible línea de fractura con unas tradiciones populistas – en buena parte encarnadas ahora en las fallas– que, como veíamos, habían conducido a arraigar profundamente una cierta conciencia de valencianía.

Quien se encargó de que estas potenciales líneas de fractura –pero que eran también propuestas para un debate cívico– se convirtieran en una fractura real, fue el régimen franquista mismo. Fueron efectivamente fuerzas netamente franquistas las que tomaron la iniciativa en el combate contra las tesis fusterianas, las que orquestaron una cerrada campaña de la prensa local, las que remitieron a la clandestinidad cualquier tipo de manifestación pública del nuevo valencianismo, y las que organizaron el grotesco espectáculo de la quema simbólica de la figura de Fuster en las fallas de 1963. Por supuesto, todo esto podía darse por descontado y contribuyó decisivamente a enraizar el nuevo nacionalismo en el campo de la izquierda y del anti-franquismo. Lo que seguramente no era tan previsible es que, en esa lucha, las fuerzas del régimen se encontrasen con la posibilidad de instrumentalizar en beneficio propio un sentimiento popular fuertemente arraigado: el de la valencianidad no catalana. Más adelante, ya en la transición, la deno-



Las tesis fusterianas contenían también elementos potenciales de fractura en tres líneas fundamentales. En primer lugar, respecto de un sector del propio valencianismo que no era –o no lo era todavía– anticatalanista, pero que no podía compartir una tesis de la catalanidad tan rotunda como la planteada por Fuster. En segundo lugar, respecto del valencianismo histórico prebélico, al que se imputaba un fracaso que se hacía proyectar sobre el conjunto de la sociedad valenciana contemporánea, su economía y su burguesía, sus tradiciones políticas y manifestaciones culturales. En tercer lugar, y como concreción de los anteriores, se establecía una posible línea de fractura con unas tradiciones populistas –en buena parte encarnadas ahora en las fallas– que, como veíamos, habían conducido a arraigar profundamente una cierta conciencia de valencianía.

Fotografía del archivo de Manuel Sanchis Guarner.

minada *batalla de Valencia* revelaría hasta qué punto fuerzas interesadas podrían convertir un elemento de potencial división, pero que era también una propuesta de debate abierto y racional, en un motivo de crispación generalizada y fractura social.

No era ajeno a esta voluntaria exasperación franquista, el hecho de que en los últimos años de la dictadura, las fuerzas políticas de la oposición ganaran en presencia y capacidad de vertebración. La democristiana y valencianista UDPV pudo aglutinar, por más que rebajando un tanto sus perfiles nacionalistas, a personalidades que provenían de otras áreas de la democracia cristiana o de la Acción Católica. Otros sectores vinculados a la burguesía valenciana, de orientación también demócratacristiana y con un menor perfil autonomista, iniciaron también su proceso de organización en una perspectiva democrática.

En el marco de la más nítida oposición antifranquista, el PCE era todavía el dominante en los movimientos sociales, aunque debía afrontar el reto, en los mismos, de otras formaciones también comunistas, pero mucho más radicales –el FRAP, el MCE y otras organizaciones anticapitalistas. El PSOE, con una presencia casi marginal en aquellos movimientos, iniciaba un proceso de recuperación política y organizativa que le llevaría a convertirse, aunque tendría que esperar a la transición, en el hegemónico de la izquierda. Como continuación más directa del PSV, el PSPV se configuraba como el gran punto de referencia del valencianismo progresista.

Tal y como sucedía en el resto de España, con la excepción de Cataluña, la oposición llegaría dividida al momento crucial de la muerte del dictador. La constitución de la Junta Democrática, impulsada por el PCE en 1974 (PCE, PSP, PTE, BR, CC.OO.), fue seguida, meses después, por la del Consell Democràtic de Forces Polítiques (PSOE, PSPV, MCPV, PSAN, UCE, UDPV,

UGT, USO, Partit Carlí). Habría que esperar todavía casi un año para que llegaran a unificarse. Entre tanto, sin embargo, funcionaron como auténticos elementos de cohesión, vertebración e impulso de una sociedad civil cada vez más movilizadora y dispuesta a la conquista de la democracia. Mientras, las instituciones y personalidades franquistas reproducían en Valencia la errática e inestable trayectoria de sus superiores en la política estatal. Momentos de mayor talante aperturista eran seguidos de abruptos giros hacia la intolerancia y el más duro franquismo. Después de 1969, año en que cesó Rincón de Arellano, Valencia conoció otros dos alcaldes: Vicente López Rosat y Ramón Izquierdo Navarro. Este último habría de presidir el último ayuntamiento franquista y primero de la transición.

LA CIUDAD DEMOCRÁTICA (1976-2008)

[MARC BALDÓ LACOMBA –UVEG–]

Para la ciudad de Valencia y el País Valenciano el periodo que va de 1977 a 1982 comporta un cambio político de envergadura, no sólo porque se restableciera la democracia, anulada cuarenta años atrás, sino además porque, de su mano, vino también la autonomía política en el marco constitucional. Democracia y autonomía han afectado la vida de los ciudadanos y de la ciudad y han abierto posibilidades de aspirar a ser una gran ciudad, dinamizadora de la nutrida y potente red urbana del País Valenciano y competidora de las ciudades de su nivel en Europa. La ciudad de Valencia, por otro lado, está integrada en un área metropolitana que hoy tiene más de millón y medio de habitantes y que alcanza a 57 municipios. El área metropolitana es un espacio urbano caracterizado por una elevada concentración y densidad demográfica, por el predominio de la industria y el sector terciario, por los intensos flujos diarios de personas por motivos de trabajo, estudios u ocio, que cuenta con una red de vías de comunicación y da cabida a diferencias de función: zonas de servicios, núcleos decisorios, industriales, residenciales...

Este espacio empezó a articularse como tal durante el crecimiento e industrialización de los años sesenta. La accesibilidad y mejoras en la comunicación la han extendido más allá de L'Horta. Alborai, Moncada, Manises, Quart de Poblet, Aldaia, Paiporta, Alfafar y Catarroja tienen entre 20.000 y 30.000 habitantes; Burjassot, Alaquàs y Xirivella entre 30.000 y 40.000; Mislata, 43.000, Paterna, 59.000, y Torrent 75.000. La ciudad de Valencia tiene más de 800.000 y en 1970 tenía 650.000

Este capítulo atenderá brevemente la transición en Valencia y la historia de la ciudad desde entonces a nuestros días y se organizará en tres apartados donde se aborda la transición y la protesta vecinal antifranquista, la reforma democrática y la «guerra de las banderas» o la «batalla de Valencia», y los ayuntamientos de la ciudad democrática.

Transición y protesta vecinal

Con cuantos antecedentes procedan, la transición democrática se inició el 20 de diciembre de 1973, cuando ETA asesinó a Carrero Blanco. Faltaban